

JUAN GUILLÉN TORRALBA, EL COLOSO DE LA RODA

Por *JOAQUÍN CARO ROMERO*

Sería incoherente escribir la historia de Sevilla y de Andalucía desde mediados del siglo XVIII prescindiendo de los frutos del árbol de Minerva; es decir, sin contar con la existencia y las aportaciones de esta Real Academia y sus integrantes. Tuvo siempre nuestra Corporación humanistas de relieve. Y uno de ellos fue el homenajeado aquí hoy. El nombre de Juan Guillén tiene eco, antecedente y prosapia en la relación de los individuos de número que le precedieron. Y es que hubo otro Juan Guillén a mediados del XIX, don Juan Guillén Buzarán, que fue mariscal de campo y estudioso de Quevedo, sobre el que versó su discurso de ingreso el 4 de abril de 1858 -la primera disertación leída en público-, antes que don Aureliano Fernández-Guerra completara la publicación de la obra en prosa del señor de la Torre de Juan Abad.

El Cardenal Arzobispo de Sevilla, que hoy no ha podido volver a honrarnos con su presencia y su palabra, porque con su nombre y su ejecutoria lo viene haciendo desde que ingresó hace veinte años en esta Docta Casa, nos recordó en una reciente conferencia suya sobre "Religión y cultura: identidad y diferencia" que la "cultura está unida a lo religioso (...), aunque a veces parezca que la cultura y la religiosidad están divorciadas", y añadió que "la cultura es expresión de cómo somos".

Religión y cultura. El hueco que ha dejado entre nosotros don Juan Guillén Torralba va a ser bastante difícil de llenar, sobre todo en

lo que se refiere a la exégesis bíblica. Como es bien sabido, no es fácil acercar textos antiguos y en culturas distantes a la vida y exigencias religiosas del hombre actual. Sus compañeros de Academia, desde la lectura de su discurso de ingreso el 12 de febrero de 1995 hasta la sesión necrológica del 14 de noviembre de 2003 -fecha de su última intervención, mes y medio antes de su muerte-, tuvimos la suerte de escucharle, de compartir su afecto y disfrutar con su inteligencia. Sus pláticas cuaresmales, sus homilías, sus charlas eran auténticos surtidores de erudición y sapiencia. Don Juan tenía para cada auditorio la palabra adecuada. Hablar en el seno de la Academia no es predicar en una función de quinario. Me explico, citando al maestro Azorín: "Los temas son los mismos. Lo que sucede es que Baroja habla de una manera y yo de otra; pero los temas son los mismos".

Y los temas sobre los que le escuchamos aquí tratar fueron admirables exégesis filológico-teológicas acerca de la Resurrección, los poemas del "Segundo Isaías" dedicados al tema del siervo de Yahvé; la Justicia de Dios y la justicia del hombre en la Biblia; el sentido bíblico de la celebración pascual; la lectura de la Biblia en la vida del cristiano; el Año Jubilar 2000, o los inicios teológicos e intelectuales de Blanco White.

Pero ya encontrará la Academia, no quien le sustituya sino quien ocupe su vacante. Siempre ha sido así. Desaparecieron hombres de Iglesia tan preclaros como el deán don Francisco Bermúdez de Cañas, cuyo discurso de ingreso fue leído en un acto que presidió la reina Isabel II el 31 de diciembre de 1882. Al nombre de aquel religioso cabría sumar el de otros muchos: fray Raimundo Suárez, fray Seraffín de Ausejo, don Tomás Castrillo Aguado, don Francisco Alvarez Seisdedos... Y el olivo de Minerva no perdió sus hojas.

Yo con don Juan hacía muy buenas migas. Con él culminó el "aprendizaje" bíblico que empecé en mi infancia, con las cándidas láminas de pared de parvulario, cromático espejismo piadoso, que mi preceptora, una joven monjita aragonesa -hija de la Caridad de San Vicente de Paúl, por cierto- me comentaba con voz de seda provocando mi arrobamiento. No sé si aquel estado de fascinación lo despertaba su relato, las cromolitografías o el encanto y la hermosura personales de la esposa de Cristo. Profesas como ella se las encontraba don Antonio Machado viajando en tren por los campos de Castilla en su monacal vagón de tercera:

*¡Frente a mí va una monjita
tan bonita!*

Es el amor en la frontera de las tocas almidonadas, que se filtra por las celosías sin romperlas ni mancharlas:

*Porque nadie te mirara,
me gustaría que fueras
monjita de Santa Clara.*

Las monjas de Machado, que eligieron el convento por no querer convertirse en madres de pecadores, siempre viajan en ferrocarril y todas son guapas, al contrario que los canónigos que salen en la poesía de don Luis de Góngora, todos muy feos, "carrihartos y espaldudos", que al decir del poeta cordobés son "de aquestos que andan en mulas, / y tienen algo de mulos".

Al fondo de nuestra niñez en familia cristiana está la Biblia. Historia Sagrada se llamaba aquella asignatura escolar:

*Es la clase. En un cartel
se representa a Caín
fugitivo, y muerto Abel,
junto a una mancha carmín.*

(A. Machado: Recuerdo infantil)

Cuando el niño queda atrás y el hombre empieza a hacerse preguntas, la Biblia se intelectualiza a la hora de elucidar claves, expresiones crípticas, códigos, simbolismos, arcanos... La Biblia bajo la exégesis guilleniana también participa del carácter de un múltiple libro de aventuras e idílicas ensoñaciones y sobresaltos: el paraíso, el pecado, el crimen, el diluvio, Babel, la mujer de Putifar, Moisés, Onán, el bastón maravilloso de Aarón, las plagas de Egipto, el maná, el becerro de oro... Y es que la Biblia es una fuente inagotable de sugerencias y una cantera de argumentos:

*La envidia de la virtud
hizo a Caín criminal.
¡Gloria a Caín! Hoy el vicio
es lo que se envidia más.*

(A. Machado: Proverbios y cantares)

El poeta Rafael Montesinos, correspondiente de esta Academia, encuentra en la Biblia motivos de inspiración y cita. Así, al leer en el capítulo 3 versículo 8 del Génesis "Oyeron a Yave Dios, que andaba por el jardín al fresco del día...", el poeta sevillano escribe:

*Dichosos tiempos aquellos
en que Dios se paseaba
despacio, tomando el fresco.*

Don Juan Guillén Torralba, nuestro último especialista máximo en los dos primeros libros del Pentateuco, nos iluminó con claridad y nos acercó con agilidad a los textos sagrados. De antológicos cabe calificar sus comentarios al Génesis y al Éxodo, que por su elevada altura teológica y literaria, esmaltada en prosa ondulante y sobria, no tienen desperdicio y rozan lo insuperable.

Bonachón y hosco, reflexivo y exuberante, tierno y duro, rústico y selecto, sencillo y fuerte, discreto y abierto, espontáneo y riguroso, atento y distante; con algo de Sócrates y de Aldo Fabrizi en el gesto, el porte, el aliño, el ademán, el desdén, la morfología...; como salido de un lienzo de Rembrandt y de una cuaderna vía del Arcipreste de Hita.

Un día me permití poner a prueba su templanza y su capacidad de humor, tolerancia y resistencia. A ver cómo encajaba una heterodoxa opinión de Jorge Luis Borges todo un canónigo lectoral de nuestra Santa, Metropolitana y Patriarcal Iglesia Catedral de Sevilla, todo un licenciado en Teología en la Pontificia Universidad Gregoriana, todo un doctor en Teología por la Pontificia Universidad de Comillas, todo un licenciado en Filología Trilingüe en la Universidad Complutense; profesor de Hebreo, Pentateuco, Históricos y Proféticos en el Centro de Estudios Teológicos de Sevilla, director de la Biblioteca Colombina y Capitular, etc., etc., y con una apabullante bibliografía.

-Don Juan -le dije-, se han publicado unos interesantísimos diálogos entre Jorge Luis Borges y Ernesto Sábato, y éste le pregunta a aquél: -Pero dígame, Borges, si no cree en Dios, ¿por qué escribe tantas historias teológicas? Y Borges responde: -Es que creo en la teología como literatura fantástica. Es la perfección del género. Sábato le dice: -Entonces, suponiendo que fuera el Gran Bibliotecario Universal, ese bibliotecario que toda la vida

soñó ser, Borges pondría en el primer lugar la Biblia, ¿no? Y su interlocutor añade: -Y sobre todo un libro como la Summa Teológica. Es una obra fantástica muy superior a las de Wells.

La reacción de don Juan Guillén fue una sonrisa comprensiva, casi cómplice, casi guiño, no de escándalo, porque había aprendido el respeto a la diferencia, como señaló fray Carlos Amigo en un momento de su conferencia aludida anteriormente.

Nació nuestro homenajeado el 4 de marzo de 1933, a 124 kilómetros de Sevilla, al sureste de la provincia, en La Roda de Andalucía. El pueblo, que se supone de origen celtibérico, se encuentra en una inmensa llanura y lo cita Plinio con el nombre de Urgao. Luego fue un asentamiento romano cuando las luchas entre Pompeyo y César. Guillén, arúspice de la Bética, realizó estudios eclesiásticos en el Seminario hispalense. Este ilustre rodeño se sentía a la vez tan sevillano que don Miguel Castillejo Gorraiz, Académico de Honor de nuestra Corporación, confesó que por los fraternales lazos de amistad que mantuvieron ambos y a través de sus orientaciones recibidas, le debía haber aprendido a conocer y a sintonizar con el espíritu de la Semana Santa de Sevilla y a intuir los secretos de "la música callada del toreo" cuando Argantonio se reencarnó en faraón en el Carambolo.

Fue don Juan Guillén hombre de reputación intachable y de un prestigio muy sólido. Me reconforta que hayan existido seres como él, que difundieron la verdad, en medio del estrépito del carrusel de la mentira. Hace lo menos cuarenta años, cuando yo aún no le conocía, me lo ponderaba con admiración y sin reserva un académico muy estimado y de grata memoria y que me antecede en la cifra del catálogo de numerarios: don Manuel Ferrand Bonilla.

Sabedor de su enfermedad, se puso en manos de Dios, su único médico, su única medicina y quien dispuso el punto final al sufrimiento el pasado 29 de diciembre. Su impresionante declive físico fue tan acelerado que no tuvo como el de Jean Paul Sartre alguien que testimoniara la *cérémonie* des adieux.

Espero y deseo que la posteridad no le juegue una mala pasada a don Juan Guillén Torralba, como se la jugó a don Francisco Mateos-Gago, también canónigo de nuestra Catedral, testigo y cronista del Concilio Vaticano I, Decano de la Facultad de Teología de la Universidad Literaria de Sevilla, donde ejerció de

catedrático de Lengua Hebrea, polemista resuelto y autor de una obra caudalosa cuya importancia queda, más que oscurecida, olvidada tras el nombre -superfluo epitafio- de una calle.

De ahora en adelante, siempre que abra la Biblia estaré escuchando más a Dios por lo cerca que me lo puso nuestro compañero del alma, al que siempre recordaremos porque compartió con nosotros unos años de vida que no tendrán retorno. Por contraste, en lo sucesivo, la comunicación y el entendimiento se nos harán más fáciles porque el tiempo acorta la despedida y el viaje. Con los ojos puestos en Quevedo, advertimos que la debilidad, la ruina y el cambio de decorado quedan entre los bastidores durante la tregua del "descuido del divertido vivir":

*Como el que divertido el mar navega,
y sin moverse vuela con el viento,
y antes que piense en acercarse, llega.*

Igual que en una duermevela alucinante, el hacha busca sombras donde justificar la tala. Un dictamen consolador lo ofrece el propio Quevedo cuando escribe:

*es la muerte forzosa y heredada;
mas si es ley, y no pena, ¿qué me aflijo?*

Hoy, desde su ausencia, quiero imaginarme así al Excelentísimo Señor Doctor Don Juan Guillén Torralba, el coloso de La Roda:

*Lleva la Biblia en las manos
mientras su pueblo corona
como madre y por patrona
a la Virgen de los Llanos.
Ya no hay los remos romanos
que en el río Yeguas había.
Queda, sí, su teología,
que con Juan Guillén Torralba
hoy Dios glorifica y salva
La Roda de Andalucía.*